



TODAS LAS ALMAS EN NUEVA YORK

DICCIONARIO DE NUEVA YORK

ALFONSO ARMADA

PENÍNSULA, BARCELONA, 2010
398 PÁGINAS, 23,50 EUROS

MANUEL LUCENA GIRALDO

Muchas ciudades del mundo contienen imágenes de Nueva York, pero ésta no se corresponde con una sola, o ni siquiera con una sucesión de ellas, pues cambia a cada segundo. Tampoco es una cuestión sólo de imágenes; ya dijo un bobo de solemnidad que una sola vale más que mil palabras, cuando la verdad es que una palabra bien dicha vale más que mil imágenes. Si quieren una prueba de este principio feroz y en la actualidad plenamente contracultural, no tienen más que acercarse al maravilloso *Diccionario de Nueva York* que acaba de regalarnos Alfonso Armada, un libro que se parece a una muñeca rusa, porque esconde un enigma dentro de un acertijo que, si se sabe resolver, ilumina un secreto.

Resulta premonitorio que se abra con un ensayo contemporáneo, «Visión de un ciego», el relato de la vida de Mahjoub Bouhijaj, un marroquí de Marrakech invidente desde los diez años, miembro del servicio de traducción de la ONU y defensor con toda clase de argumentos de la adecuación de Nueva York a sus particulares circunstancias. Es un hombre sabio y conmovedor, que desgrana frases como llamaradas:



RETRATO DE

LA «GRAN

MANZANA»,

LA METRÓPOLIS

GLOBAL POR

EXCELENCIA.

ARRIBA, TIMES

SQUARE, EL

CORAZÓN DE

NUEVA YORK, BAJO

UNA INTENSA

NEVADA

«No le encuentro el menor sentido a perder el tiempo atendiendo algo que es ficción y no puede ocurrir»; «La música clásica me permite visualizar muchas cosas, desarrollar mi imaginación, me permite viajar mentalmente». La segunda parte, «Topografías», desarrolla una lista de voces en orden graciosamente alfabético, desde «Afueras» hasta «Zona cero». Constituye un intento fascinante, que el autor sabe llamado al fracaso desde el principio de los tiempos, por desvelar el alma de la ciudad. ¿Es posible lograr un imposible? Ante semejante reto, como avezado viajero, opta por la solución más práctica: leer los libros, recorrer las calles y modular la mirada, para ver qué pasa: lo inesperado.

RELATO ABIERTO. En la página 50 ya nos hemos hecho eruditos de Nueva York, porque carga sobre sus hombros tantas películas y fotografías, tantos escenarios y conversaciones, que el objetivo de conocerla parece al alcance de la mano. En la esquina siguiente se habrá difuminado, y vuelta a empezar. En realidad, ni siquiera hay que intentarlo. Aunque existe un sutil entrecruzamiento entre las diferentes entradas que pretenden, más que ofrecer un canon -o precisamente para evitarlo- y dar al lector no una fabricación intelectual sino una experiencia-, sugerir qué contiene el alma de la llamada con toda propiedad «Gran Manzana»,

la ciudad-madre de las tentaciones humanas, enunciada antes de existir en el Génesis bíblico como sinónimo de perdición, pero también como fábrica de esperanzas. Cada lector puede jugar con sus historias, porque este libro propone un relato abierto y feliz, pero me parece que «Ascensor», «Ellis Island», «Judai-ca», «Ruido» y «Ventanas» forman una buena combinación. Sin rascacielos, emigrantes, humor judío, rún-rún mecánico día y noche porque todo está abierto y nada cierra nunca, y, por supuesto, una buena dosis de exhibicionismo, Nueva York no existiría como artefacto cultural, ni sería una metrópolis global. Sólo un pueblecito de Nueva Inglaterra rodeado de bosques con venados y mofetas y un pequeño cartel de madera con letras de colores sobre fondo blanco a la entrada, que diría «20.000 habitantes. Establecida en 1626» (más o menos).

Nos hemos librado de esta espantosa posibilidad porque luego de los holandeses que timaron a los indige-

nas y les compraron la isla de Manhattan a cambio de unos espejitos (leyenda ahora desacreditada por políticamente incorrecta) aparecieron piratas ingleses, esclavos africanos, miserables blancos y europeos hambrientos del norte escandinavo y del sur mediterráneo, de ellos más españoles de los que se piensa.

Desde Ellis, la isla donde les tomaban la filiación, saltaban a tierra, a buscarse la vida y a levantar aquellos rascacielos que, como bien cuenta Armada, fueron viables porque cuentan con ascensoristas impecables, negros o hispanos, mucho más educados que los botarates que mandan en las plantas superiores.

CON NOMBRE Y APELLIDO. El cine, el gran arte contemporáneo, retrató las vidas neoyorquinas, las esperanzas de hombres y mujeres que formaban parte de la masa pero también eran alguien, con nombre y apellido. Personas que miran por las ventanas y parece que no, pero lo observan todo. Se quedan con tu cara, por si acaso; aquí nunca se sabe. El libro termina con «Cinco crónicas» publicadas en ABC entre septiembre y diciembre de 2001, el relato post-11-S que Armada construye con materiales de luto riguroso.

La coda, «El vacío del futuro», es un poema de la misma etapa: «La muerte era siempre la de los otros». Ya somos todos parte de la misma historia: hasta quienes viven en Nueva York. ■

ESTE LIBRO DE ALFONSO ARMADA SE PARECE A UNA MUÑECA RUSA, PORQUE ESCONDE UN ENIGMA DENTRO DE UN ACERTIJO QUE, SI SE SABE RESOLVER, ILUMINA UN SECRETO